

ISIS SIN VELO

Clave de los misterios de la ciencia y teología antigua y moderna

TOMO III

HELENA PETROVNA BLAVATSKY



Editorial ELA

Andrés Mellado, 42

28015 Madrid

España

www.libreriaargentina.com

Índice

Prefacio	7
Capítulo I	8
<i>Cristianos nominales. Falicismo cristiano. Dictérios pontificios. El culto de la Virgen. Lo cristiano. Hipotética situación del infierno. Los biógrafos de Satanás. Milagros apócrifos. La magia clerical. Milagros laicos. La silla de San Pedro. Las galerías de Ishmonia. Las llaves de San Pedro. Virtudes paganas. Astucia clerical. La Tetraktys. La ciencia de las ciencias. Los sephirotes cabalísticos. El dogma de la redención. Antigüedad de la eucaristía. Los sanscritistas. La trinidad en las religiones. Trinidad mexicana. Dispersión de los neoplatónicos.</i>	
Capítulo II	57
<i>Hechicerías clericales. Procesos inquisitoriales. Palabras de Jesús. Las siete abominaciones. Hechicería en la India. Reliquias apócrifas. Santo Domingo y los demonios. Médiums y santos. La leyenda de oro. El Papa y los musulmanes. Doctrinas de Pablo. Origen pagano del ritual católico. Influencia de San Agustín. El maestro constructor. Significado de "Petrum". Ritos paganos y cristianos. Iconografía cristiana. Taumaturgia pagana. El secreto de la iniciación. Grados de iniciación. Sinceridad de los fakires. Características de los fakires. Naturaleza de los Pitris. El dogma de la inmaculada. Caída del alma. Sublimidad de la Epopeteia. Grados de comunicación. Índole de las visiones. Los tanaímes del Talmud. Los símbolos del cristianismo. Opinión de Inman.</i>	
Capítulo III	116
<i>La sucesión apostólica. Adulteración de los evangelios. La palabra nazareno. La fábula de Eurídice. Nazarenos y nazares. Errores bíblicos. Modalidades del bautismo. El nazareno reformador. La secta nazarena. El nombre de Zoroastro. Afinidad de doctrinas. Frases pitagóricas. Cabalismo del apocalipsis. La figura de Jesús. Transmigraciones del alma. El hombre divino. El credo de Basílides. El universo ilusorio. El noble heresiarca Marción. Dualidad del cristianismo primitivo. Jesús no aludía a Jehovah. Jehovah y Baco. El Emmanuel de Isaías.</i>	
Capítulo IV	157
<i>Contradicciones bíblicas. Teogonía comparada. El tercer principio. Equivalencias teogónicas. Los primitivos cristianos. Versículo apócrifo. Antagonismo entre Pedro y Pablo. Jesús y los ebionitas. Primitiva cosmogonía cristiana. Tipos dualísticos. Teogonía ofita. Tertuliano contra Basílides. Esoterismo cristiano. Humanidad de Jesús. La reencarnación según las homilias. Los nabateanos de ayer y de hoy. Degollación de los inocentes. Jesús según las tradiciones hebreas. Conceptos del apóstol Santiago. Antonomasias del logos. Principados y potestades. Los gnósticos y los apóstoles. Letanias comparadas. Plagios del cristianismo.</i>	

Capítulo V

200

La esencia suprema. Identidad de todas las religiones. Las religiones culturales. Pasajes de Salomón. Teogonía zoroastriana. La trinidad cabalística. La cabalística Shekinah. Cotejo de sistemas. Trinidades comparadas. Alegorías apocalípticas. Querubines y serafines. Los sephirotes y el Monte Meru. Los atributos de Siva. El Sosiosh zoroastriano. Jesús habla como hombre. Cristianos y budistas. Resurrección de Kalavatti. Identidad de alegorías. La plenitud de los tiempos. Curiosas tergiversaciones. El fanatismo supersticioso.

Capítulo VI

238

Hipatia y Cirilo. La cruz Tau. Emblemas cristianos. La ballena de Jonás. Darwin y Vyasa. Confesión de Jacolliot. Religión y ciencia. Expiración e inspiración. Las épocas divinas. La noche de Brahma. Las cuatro edades. Caída de Adam. Transformación de las especies. La ley de necesidad. Cuerpo, alma y espíritu. Ideas de los filósofos griegos. El alma según Platón. La condición de Dhyana. El esfuerzo propio.

Capítulo VII

281

Sectas cristianas. Modernos nazarenos. Sistema ofita. Sistemas comparados. El nombre de Iao. El número diez. Imágenes simbólicas. El caballo del sol. La invención de la cruz. Los magos de Persia. Confraternidad misteriosa. Candelabro druso. Máximas de los drusos. Carta de Rawson. La logia madre. El atman. El budismo esotérico. Castidad budista. Jainos y budistas. Celso y Sprengel. Falsedad de Eusebio. El párrafo de Josefo. Virginidad y matrimonio. Tolerancias inmorales. San Juan y los herejes. Jesús ignorado de sus coetáneos. Las ideas de Jesús. Jesús y Gautama. Jesús y Apolonio. El espíritu de la verdad. Opiniones de platón. Subterfugios clericales.

PREFACIO

Si en nuestra mano estuviese, impediríamos que leyeran este libro los cristianos de pura y sincera fe e intachable conducta en quienes resplandece el glorioso ejemplo del profeta de Nazareth, por cuya boca habló tan alto a los hombres el Espíritu de Verdad. No lo escribimos para ellos. Siempre hubo creyentes de profunda fe a quienes la historia venera como héroes, filósofos, filántropos, mártires y santos; pero, aparte de los nombres perpetuados por la fama, ¡cuántos y cuántos vivieron y murieron ignorados del mundo y conocidos tan sólo de sus amigos íntimos y bendecidos únicamente por quienes de sus manos recibieron beneficio! Los que con su virtud glorificaron el cristianismo hubieran también sido, de seguro, ornamento de cualquiera otra fe que hubiesen profesado, porque su espiritualidad prevalecía sobre sus creencias. La bondad de Pedro Cooper e Isabel Thompson que no comulgan en la religión cristiana es, sin embargo, tan cristiana como la de la baronesa de Burdett-Coutts que pertenece a ella.

Pero los verdaderos cristianos fueron siempre exigua minoría entre los millones que nominalmente ostentan este título, y todavía los podemos descubrir en los púlpitos y en los bancos de las iglesias, en los palacios y en las chozas, aunque por la pujanza del materialismo, los intereses mundanos y la hipocresía social decrezca su número de día en día.

La ingenua fe con que el cristiano devoto cree en la infalibilidad de la Biblia, en los dogmas religiosos y en las predicaciones sacerdotales actualiza en toda su plenitud las virtudes que latén en lo íntimo de la naturaleza humana. Hemos conocido personalmente a clérigos temerosos de Dios, y siempre eludimos toda discusión con ellos por no lastimar sus sentimientos religiosos, ni tampoco quisiéramos quebrantar la ciega fe de un solo laico si le basta para vivir y morir santamente con ánimo sereno. Vamos a analizar todas las creencias religiosas en general, pero más particularmente la cristiana teología dogmática, que es el principal enemigo de la libertad del pensamiento. No diremos ni una sola palabra contraria a las puras doctrinas de Jesús, pero combatiremos inexorablemente su adulteración en perniciosos sistemas eclesiásticos que rompen todo freno moral y extinguen la fe en Dios y en la inmortalidad.

Arrojamos el guante a los dogmatizantes teólogos que pretenden esclavizar la historia y la ciencia. Arrojamos el guante con más firme determinación al Vaticano, cuyas despóticas arrogancias repugnan a la mayoría de cristianos cultos.

Aparte de los clérigos, sólo los polemistas e investigadores debieran leer este libro, porque, como zapadores de la verdad, tienen el valor de sus opiniones.

CAPÍTULO I

*Y aun llegará tiempo en que cualquiera
que os matare crea servir a Dios.*
San Juan, XVI, 2.

*Anatema sea quien diga que las verdades científicas han de
admitirse con entero espíritu de libertad, aunque se opongan a
la verdad revelada.*

Concilio Ecuménico del Vaticano.

¡La Iglesia! ¿En dónde está?
Glouc: Rey Enrique VI, acto I, escena I.

En los Estados Unidos de América hay sesenta mil clérigos que reciben estipendio por enseñar la ciencia de Dios y sus relaciones con la criatura. A estos hombres está encomendada la tarea de definir la existencia, carácter y atributos del Creador, las leyes y gobierno del mundo, las doctrinas en que hemos de creer y los deberes que hemos de cumplir. Hay cinco mil profesores de teología que con mil doscientos setenta y tres auxiliares (1) enseñan esta ciencia a cinco millones de personas, según la fórmula prescrita por el obispo de Roma. cincuenta y cinco mil pastores y misioneros de quince sectas distintas (2), en contradicción unas con otras respecto a puntos teológicos de mayor o menor importancia, instruyen en sus respectivas doctrinas a treinta y tres millones de fieles.

Aparte de estas sectas, se cuentan centenares de miles de judíos, algunos millares de fieles de diversas religiones orientales y escaso número de cismáticos griegos. Los mormones, noventa mil, tan politeístas como polígamos, creen que el jefe supremo de todos los dioses reside en un planeta llamado Colob, y reconocen por legislador espiritual a una especie de pontífice asentado en la ciudad del Lago Salado, a quien suponen en frecuente comunicación con los dioses, no obstante sus diecinueve mujeres y más de cien hijos y nietos.

El Dios de los hermanos unitarios es célibe; el de los presbiterianos, metodistas, congregacionistas y otras sectas cristianas es un Padre sin esposa y con un Hijo idéntico a Él. Todo esto sin contar la infinidad de sectas menores y comunidades extravagantemente heréticas que brotan como hongos y mueren apenas nacidas. Tampoco nos detendremos a considerar los millones de espiritistas que hay, según se dice, porque la mayoría no tienen valor para romper con su secta religiosa. Estos son los Nicodemus de puerta trasera.

Y ahora, preguntemos con Pilatos: ¿Qué es la verdad? ¿Dónde hallarla entre tan diversas y opuestas sectas? Todas pretenden fundarse en la revelación

divina y poseer las llaves del cielo. ¿Cuál de ellas asume la verdad? ¿O acaso habremos de confesar con el filósofo budista, que la única e inmutable verdad en la tierra es que la verdad no está en la tierra?

Aunque no intentamos merodear en el campo ya escrupulosamente espigado por los eruditos que demostraron la filiación pagana de los dogmas cristianos, bueno será exponer nuevamente los hechos investigados desde la emancipación de la ciencia, con objeto de analizarlos desde el distinto o más bien nuevo punto de vista de las antiguas filosofías esotéricas, que hasta ahora tan sólo hemos ojeado rápidamente, y de ellas nos serviremos de tipo para comparar los dogmas y milagros del cristianismo con las doctrinas y fenómenos de la magia antigua y del espiritismo moderno. Por lo tanto, el estudio de los antiguos teurgos nos ayudará a esclarecer tan obscuro asunto desde el momento en que los materialistas niegan de plano los fenómenos sin tomarse la molestia de investigarlos, y que los teólogos, si bien los admiten, contraen su explicación a la desmedrada y absurda alternativa del milagro o el diablo.

Dice Butlerof a este propósito:

No es de nuestra incumbencia que los fenómenos espiritistas sean o no verdaderos ni de índole idéntica a los que en otro tiempo se atribuyeron a los sacerdotes egipcios y a los augures romanos, y que hoy operan los hechiceros samanos de Siberia. Lo cierto es que todo fenómeno natural cae bajo el dominio de la ciencia, que con su examen se enriquece en vez de empobrecerse. Si la humanidad aceptó en algún tiempo una verdad para después negarla obcecadamente, no es retroceso sino progreso el volver a reconocerla y aceptarla (3).

CRISTIANOS NOMINALES

Desde que la ciencia hirió mortalmente a la teología diciendo que la religión se basa en el misterio y que el misterio es incompatible con la ciencia, ha variado en curioso aspecto la mentalidad de las clases cultas, que parece como si se sostuviesen sobre un pie en una maroma tendida del universo visible al invisible, con el continuo temor de que el cabo prendido en la fe se soltara de pronto y cayeran todos en el abismo de la aniquilación.

La muchedumbre de cristianos nominales se puede clasificar en tres grupos: materialistas, espiritistas y clericales. Los dos primeros se oponen conjuntamente a las pretensiones dogmáticas del clero, que en desquite combate a unos y a otros con la misma acritud.

Los materialistas están en tan poca armonía como las sectas cristianas, pues los positivistas (4) se ven atacados acerbamente por la escuela inglesa de Maudsley, quien dice de ellos lo que se lee en el siguiente pasaje:

No es maravilla que los científicos rechacen enérgicamente la autoridad de Comte, que los entusiastas discípulos de este filósofo tratan de imponerles infaliblemente, hasta el punto de que la opinión común calificaba ya de positivista a todo científico, sin advertir que Comte adulteró en muchos puntos el

espíritu y la finalidad de la ciencia. Hacen muy bien los científicos en afirmar desde luego su independencia, porque más tarde les sería muy difícil obtenerla (5).

Cuando dos materialistas tan conspicuos como Huxley y Maudsley rechazan con tal firmeza el positivismo de Comte, ciertamente hemos de tenerlo por absurdo.

Más hondas todavía son las disensiones entre los cristianos, cuyas diversas sectas nos muestran todos los grados de la fe religiosa, desde la omnívora credulidad de la fe ciega hasta la devoción elegante, que accede a creer en Dios por encubrir de algún modo su presunción de sabiduría. Todas las sectas creen en la inmortalidad del alma humana; algunas admiten la real comunicación entre los mundos visible e invisible; otras restringen esta comunicación al sentimiento; las más la niegan en absoluto; y unas cuantas se mantienen, respecto de esta creencia, en dudosa expectación.

La Iglesia romana, en su afán de censura y en su anhelo por la vuelta del obscurantismo, frunce el ceño ante los fenómenos que califica de diabólicos, y da a entender lo que haría con sus patrocinadores si tuviese el poderío de otro tiempo; pues a no ser porque se ve maniatada bajo el juicio de la ciencia, repetiría en el siglo XIX las irritantes y escandalosas escenas de pasados siglos. En cuanto al clero protestante, odia tan vivamente el espiritismo que, como dice un periódico profano, "socavaría gustoso la fe del pueblo en los milagros bíblicos, con tal de extirpar la pestilente herejía espiritista" (6).

FALICISMO CRISTIANO

La Iglesia romana reverdece el recuerdo de la hace largo tiempo olvidada ley mosaica, y se declara su legítima y directa heredera para monopolizar los milagros y discernir su autenticidad. El Antiguo Testamento, desterrado por Colenso, sus predecesores y coetáneos, vuelve del ostracismo y se desempolvan y limpian los profetas, a quienes el Papa ha consentido ponerse, si no a su mismo nivel, por lo menos a respetuosa distancia (7). De nuevo se renueva la memoria de los diabólicos abracadabras y se equiparan los fenómenos psíquicos a los impíos horrores del paganismo con su culto fálico, sus satánicos prodigios, sacrificios humanos, encantos, hechicerías y magias. Sin embargo, los modernos demonólogos descuidan algunos leves pormenores, entre los cuales se cuenta la presencia del falicismo pagano en los símbolos del cristianismo, como por ejemplo, en el misterio de la Encarnación que entraña un elemento fálico espiritual, así como el elemento fálico material aparece en el fetichista culto de los santos miembros de San Cosme y san Damián en Isernia, cerca de Nápoles (8).

No proceden muy cuerdamente los autores católicos al vaciar sus redomas de cólera sobre la antigüedad, diciendo que "en multitud de pagodas, la piedra fálica, a semejanza del batylos griego, toma la forma brutalmente obscena del lingham o mahadeva" (9). Antes de desprestigiar un símbolo cuyo profun-

do significado metafísico no alcanzan a comprender, debieran los modernos campeones de la religión sensual por excelencia (el catolicismo romano), destruir sus iglesias y modificar las cúpulas de sus templos. El Mahody de Elefanta, la Torre redonda de Bhangulpore, los minaretes musulmanes, romos o puntia-gudos, sirvieron de modelo al Campanile de Venecia, la catedral de Rochester y el Duomo de Milán. Los campanarios y cúpulas de los templos cristianos son diversificados remedos del primitivo lithos o falo erecto y, como dice Jennings, "la torre occidental de la catedral de San Pablo en Londres es uno de los dobles lithos que siempre fue costumbre colocar delante de todos los templos, así paganos como cristianos" (10). Además, en todos los templos cristianos, y más visiblemente en las capillas protestantes, aparecen las tablas de la ley mosaica sobre el altar dispuestas en díptico de bordes redondeados. La piedra de la derecha es masculina, y la de la izquierda, femenina. Por lo tanto, ni católicos ni protestantes pueden tachar de obscena la configuración arquitectónica de los templos paganos mientras adornen los suyos con los símbolos del lingham y del yoni y ostenten en ellos las tablas de Moisés.

Otro desdoro del clero cristiano es el recuerdo del Santo Oficio, que vertió torrentes de sangre en sacrificios humanos sin igual en los anales del paganismo. Tampoco habla muy en honor del clero el ejercicio de la magia negra, que en ningún templo gentil fue tan amplio como en el Vaticano (11). Sin embargo, la iglesia ha anatematizado públicamente toda manifestación de la naturaleza oculta, que atribuyó a influencias diabólicas y artimañas de Stanás y de los ángeles caídos que se revuelven en el "abismo sin fondo", del que, según el Apocalipsis de San Juan, "se levanta un humo como el de un enorme horno".

Así dice Des Mousseaux (12), que en "embriagados por este humo se congregan diariamente millones de espiritistas en torno del abismo para tributar culto a Baal". Pero aunque la iglesia latina haya aparentado tener la magia tan en poco como a los paganos, conservó la práctica ritual del exorcismo por el pingüe lucro que le allegaba.

A pesar del vigoroso empuje con que las investigaciones modernas han tambaleado a la iglesia romana, se muestra más arrogante, obstinada y despótica que nunca y, no atreviéndose con los esforzados campeones de la ciencia, arremete en desquite contra los fenómenos espiritistas, porque el verdugo no lo es sin víctima ni puede mantener su prestigio quien no lo asegura con estudiados efectos. La iglesia romana se resiste a caer en el olvido en que cayeron los mitos antiguos, y no consiente que se discuta muy de cerca su autoridad. De aquí que persista, en cuanto se lo consienten los tiempos, en su política tradicional y deplora la forzosa extinción del Santo Oficio, haciendo de la necesidad virtud. Las únicas víctimas que hoy tiene a su alcance son los espiritistas franceses (13) por la influencia solapadamente ejercida en los tribunales, que no tuvieron reparo en deshonorarse a favor de ella. Las mesas giratorias y los lápices semovientes del profano espiritismo sirven de púlpito a la iglesia para exhortar al mundo cristiano a que vuelva la vista hacia los "milagros" de Lourdes, y, entretanto, las

autoridades eclesiásticas preparan más fáciles éxitos con que sorberles el sentido a los supersticiosos. Obedientes a órdenes superiores, los obispos anatematizan, excomulgan y maldicen; pero al ver que el efecto de sus rayos en las testas coronadas es tan nulo como el de los que fulmina Júpiter en el Calchas de Offenbach, se revuelve Roma en imptente furia contra los infortunados búlgaros y servios, protegidas víctimas del emperador de Rusia. Sin que le conturben razones ni sarcasmos, el "cordero del Vaticano" reparte equitativamente sus iras entre los liberales italianos ("esos impíos de aliento hediondo como un sepulcro") (14), los cismáticos griegos, los herejes y los espiritistas que "practican su culto junto al abismo sin fondo en donde acecha el Dragón".

DICTERIOS PONTIFICIOS

El reverendo Gladstone se tomó el trabajo de enmanejar las "flores retóricas" diseminadas en las alocuciones del vicario de Aquél que dijo: "Quien te llamare loco estará en peligro de caer en el fuego del infierno". Veamos algunas de ellas. Los adversarios del Papado son "lobos, fariseos, ladrones, embusteros, hipócritas, engendros hidrónicos de Satanás, hijos de perdición y del pecado, sicarios del demonio, monstruos del averno, demonios en carne y hueso, cadáveres pestilentes, abortos del infierno, traidores, Judas endemoniados, etc." (15).

Puesto que Su Santidad el papa dispone de tan rico arsenal de dicterios, no es extraño que el obispo de Tolosa se desate sin escrúpulo en falsedades contra protestantes y espiritistas en las pastorales dirigidas a sus diocesanos, según vemos en este pasaje:

Nada más propio de una época de incredulidad que la falsa revelación suplante a la verdadera, y que los detractores de las enseñanzas de la Iglesia se entreguen a la práctica de la adivinación y al estudio de las ciencias ocultas... El espiritismo ha motivado en los Estados Unidos la sexta parte de casos de suicidio y locura... (16), pues no es posible que de los mentirosos demonios salga palabra de verdad ni que enseñen ciencia de provecho, porque toda palabra de Satán es estéril como el mismo Satán.

Está prohibida la lectura de todo escrito en defensa del espiritismo y quien frecuenta los círculos espiritistas con intención de aceptar semejantes doctrinas apostata de la santa Iglesia e incurre en excomunión... Las enseñanzas de los espíritus no prevalecerán contra la cátedra de San Pedro, que expone las verdades reveladas por el mismo Dios.

Sin embargo, las muchas falsas enseñanzas que la Iglesia romana atribuye a palabra de Dios invalidan esta última aserción de la extractada pastoral. El famoso teólogo católico Tillemont asegura que "los paganos ilustres de la antigüedad están en el infierno, porque vivieron antes de la venida de Cristo y no pudo alcanzarles el beneficio de la redención". También afirma dicho autor que la misma Virgen María corroboró esta verdad en una carta dirigida de su propia letra y firma a un santo. ¿Habremos de considerar también esto como

enseñanza revelada por el mismo Dios?

Igualmente sugestiva es la descripción topográfica que del infierno y purgatorio explana, favorecido por visión divina, el cardenal Belarmino, de quien dice un crítico que "parece un experto agrimensor al deslindar los ocultos senderos y formidables estancias del "insondable abismo".

En una de sus obras, se aventuró San Justino mártir a opinar que Sócrates no podía estar en el infierno; pero un benedictino comentador suyo le vitupera severamente por su excesiva benevolencia (17).

En la primera parte de esta obra procuramos demostrar con ejemplos históricos que los científicos, según decía de ellos el profesor Morgan, "se han puesto las vestiduras de que despojaron a los sacerdotes, pero tiéndolas antes de otro color". Análogamente, el clero cristiano se ha revestido con el ropaje de que despojó al sacerdocio pagano, y aunque su conducta es diametralmente opuesta a la ley de Dios, se ha erigido en tribunal competente para juzgar al mundo entero.

EL CULTO DE LA VIRGEN

El "Varón de las tristezas" perdonó desde la cruz a sus verdugos y enseñó a sus discípulos el amor al enemigo; pero los sucesores de San Pedro, que se arrojan en la tierra la representación del dulce Jesús, maldicen sin reparo a cuantos se resisten a sus despóticos caprichos. Además, desde hace mucho tiempo han pospuesto el Hijo a la Madre porque, según enseñanzas también reveladas por "el mismo Dios", es la única mediadora entre cielo y tierra (18).

Bien pudiéramos afirmar que con el último apóstol de Jesús murió el último cristiano verdadero. Pregunta a este punto Max Müller:

¿Cómo podrá un misionero desvanecer las dudas de sus catecúmenos a no ser que les represente el verdadero espíritu del cristianismo y les diga que, como las demás religiones, también tiene su historia, y que el del siglo XIX no es el de la Edad Media, y que el de la Edad Media no fue el de los primeros concilios, y que el de los concilios no fue tampoco el de los apóstoles, y que únicamente lo que Cristo dijo estuvo bien dicho? (19).

De esto cabe inferir que entre el cristianismo moderno y el paganismo antiguo no hay otra característica diferencial que la creencia en el diablo y en el infierno, imbuidas por el dogma cristiano.

Y añade Müller:

Las naciones arias no tienen diablo. Plutón, aunque de carácter sombrío, era personaje muy respetable, y el escandinavo Loki no era divinidad infernal, a pesar de su maligno temperamento. La diosa teutona Hell, como su equivalente Proserpina, vieron mejores días. Así es que cuando a los germanos se les hablaba del semítico Seth, Satán o el diablo, no les infundía temor ninguno.

EL INFIERNO CRISTIANO

Lo mismo cabe decir del infierno. El hades pagano era un lugar completamente distinto del infierno cristiano, pues lo consideraban los antiguos como un estado intermedio de purificación. El helai o hel tampoco era entre los escandinavos un lugar de eterno castigo (20).

Tampoco pueden equipararse con el infierno cristiano el amenti egipcio, que era lugar de juicio y purificación, ni el onderâh o abismo de tinieblas de los indos, porque a los rebeldes ángeles sumidos en él por Siva les ofrece Parabrahma la posibilidad de redimirse por el arrepentimiento y la purificación.

El gehenna a que repetidas veces alude el Nuevo Testamento era un paraje extramuros de Jerusalén (21), al que Jesús se refería valiéndose de una metáfora muy corriente entre los judíos de aquella época. ¿Cuál es, pues, el origen del terrorífico dogma del infierno, de esa arquímada palanca de la teología cristiana que durante diecinueve siglos ha esclavizado el ánimo de millones de millones de cristianos? Seguramente no deriva de las Escrituras hebreas, como podría corroborar cualquier hebraísta idóneo. Conocen tan bien los teólogos las condiciones y circunstancias del infierno, que han clasificado las penas allí sufridas en dos clases: pena de daño o privación de la beatífica vista de Dios y pena de sentido o tormento eterno en un hirviente lago de azufre.

Tal vez aduzcan los teólogos en pro de este dogma aquel pasaje de San Juan que dice:

Y el diablo que les engañó fue precipitado en un lago de fuego y azufre, en donde la bestia y el falso profeta son y serán atormentados por los siglos de los siglos (22).

Pero aun prescindiendo de que el diablo o demonio tentador simboliza esotéricamente nuestro propio cuerpo físico, que después de la muerte se desintegrará en los elementos ígneos o etéreos (23), tenemos que en lengua hebrea no hay palabra de significado equivalente a eternidad en el sentido de por los siglos de los siglos que le dan los teólogos, pues la voz ~~עולם~~ (ulam), según afirma Le Clerc, expresa tan sólo un período de tiempo sin principio ni fin conocidos. El arzobispo Tillotson confiesa por una parte que la palabra ulam no significa duración infinita, y que la frase por siempre jamás del Antiguo Testamento indica tan sólo un larguísimo período; pero por otra parte ha adulterado su verdadero sentido con respecto a la idea de los tormentos eternos, pues, en su opinión, si bien cuando decimos que Sodoma y Gomorra ardieron en fuego eterno, se sobreentiende que este fuego no se extinguió hasta consumir ambas ciudades, cuando nos referimos al fuego del infierno, tiene la palabra "eterno" el significado de perdurable, pues la pena del malvado ha de durar lo que dure el gozo del justo. Así lo ha dispuesto el sabio teólogo (24).

El reverendo Surnden (25) comenta las teorías de sus predecesores y aduce argumentos, según él irrefutables, en demostración de que el infierno está situado en el sol. Esto nos lleva a sospechar que el reverendo Surnden habrá leído el Apocalipsis en la cama y le ocasionaría una pesadilla que distrajo de su mente la pitagórica y cabalística alegoría que entraña el siguiente pasaje:

Y el cuarto ángel derramó su redoma sobre el sol y le fue dado afligir a los hombres con ardor de fuego. Y los hombres estaban enardecidos por el gran calor y blasfemaban del nombre de Dios (26).

La idea no es original del apóstol San Juan ni del reverendo Surnden, pues ya Pitágoras situaba la "esfera de purificación" en el sol, centro del universo (27). Esta alegoría tiene doble significado. Por una parte, el sol físico simboliza la Divinidad suprema o céntrico sol espiritual; y en consecuencia, al llegar a esta región quedan las almas purificadas de sus culpas y se unen para siempre con el espíritu después de los sufrimientos pasados a través de las esferas inferiores. Por otra parte, al fijar Pitágoras la situación del sol visible en el centro del universo, insinuaba la enseñanza del sistema heliocéntrico, que era privativa de los Misterios y sólo se comunicaba en el grado superior de iniciación. El apóstol San Juan tiene del Verbo un concepto puramente cabalístico, que sólo comprendieron los Padres de la Iglesia versados en las doctrinas neoplatónicas. Orígenes lo comprendió perfectamente por haber sido discípulo de Ammonio Saccas, y así niega en absoluto la eternidad de los tormentos del infierno, diciendo que no sólo los pecadores, sino también los diablos (28) alcanzarán remisión después de un castigo más o menos largo (29).

HIPOTÉTICA SITUACIÓN DEL INFIERNO

Muchas y muy ingeniosas hipótesis se han expuesto sobre la situación del infierno, pero la más conocida es la que lo coloca en el centro de la tierra. Sin embargo, la intromisión de los científicos en este punto suscitó algunas dudas que turbaron la plácida fe en tan consoladora creencia, pues, como advierte Swinden, contra ella se oponen tres principales razones, conviene a saber:

1.^a Que no es posible que en el centro de la tierra haya suficiente combustible para mantener un fuego siempre vivo.

2.^a Que se necesitaría abundancia de oxígeno para alimentar la combustión.

3.^a Que puesto la tierra ha de tener fin como astro, no puede ser eterno el fuego que ha de consumirla (30).

Pero tal vez Swinden ha olvidado en su escepticismo, que hace siglos resolvió San Agustín esta dificultad diciendo que, no obstante las apariencias en contra, el infierno está situado en el centro de la tierra, pues Dios provee milagrosamente el aire necesario para mantener el fuego siempre vivo (31).

Los cristianos fueron los primeros en dar carácter de dogma religioso a la creencia en el diablo, y desde entonces se ha visto precisada la Iglesia a luchar contra la misteriosa fuerza que, por conveniencia propia, achacaba al diablo. Pero las manifestaciones de esta fuerza propenden a quebrantar la creencia en el diablo, gracias a la incompatibilidad entre los efectos y la supuesta causa, porque si el clero no ha podido medir debidamente el verdadero poder del diablo, forzoso es confesar que este archienemigo de Dios encubre muy hábilmente su

carácter de príncipe de las tinieblas, cuya perpetua ocupación es poner asechanzas a los hombres (32).

No obstante, lo que más teme el clero es verse precisado a soltar la argolla con que viene agarrotando a la humanidad. No consiente que por el fruto se conozca el árbol, porque habría de someterse a enojosos dilemas, ni tampoco quiere confesar, como confiesan las mentes libres de prejuicios, que los fenómenos psíquicos han convertido y mejorado a más de un escéptico empedernido. Pero, según el mismo clero reconoce, ¿de qué serviría el Papa si no existiera el diablo?

Sin duda, por esto envía Roma a sus más hábiles plumas y lenguas en socorro de los que están en peligro de hundirse en el "insondable abismo", aunque nadie declara explícitamente el mandato (33).

LOS BIÓGRAFOS DE SATANÁS

Sin percatarse de que trabajaba a favor de sus enemigos, los espiritistas y espiritistas, permitió la Iglesia unos veinte años atrás que Des Mousseaux y De Mirville hiciesen la biografía del diablo, confesando tácitamente con ello su colaboración en la tarea (34). Sin embargo, los espiritistas franceses han de quedar eternamente agradecidos por una parte a estos dos escritores católicos que, tomando por prueba los fenómenos psíquicos, tratan de demostrar la existencia del diablo, y por otra parte al ex ministro de Luis Felipe, el conde de Gasparin, que basado en las mismas pruebas se propone evidenciar lo contrario. Con ello tendremos demostrada por unos y otros, sin lugar a duda, la existencia de un invisible universo espiritual poblado también de invisibles entidades. De los documentos históricos escudriñados en las bibliotecas, destiló la quinta esencia de las pruebas incontrovertibles. Desde Homero hasta nuestros días, todas las épocas han brindado selectos materiales de investigación a estos infatigables escritores que, al afirmar la autenticidad de los prodigios operados por Satán inmediatamente antes de la era cristiana y durante la Edad Media, dieron sólida base al estudio de los fenómenos psíquicos en los tiempos modernos.

A pesar de su apasionado e irreductible entusiasmo, representa Des Mousseaux el papel de demonio tentador o "serpiente del Génesis", como gusta de llamar al diablo, pues en su afán de achacar al espíritu maligno toda manifestación psíquica, concluye por demostrar que el espiritismo y la magia no son nuevos en el mundo, sino antiquísimos gemelos, cuya cuna mecieron los primitivos tiempos de India, Caldea, Babilonia, Egipto, Persia y Grecia. Demuestra Des Mousseaux la existencia de los espíritus angélicos y diabólicos con tan auténticas e irrefutables pruebas históricas, que muy pocas podrán añadir los autores que le sucedan (35). Seguramente que Des Mousseaux y De Mirville tuvieron a su libre disposición los inagotables recursos literarios de la biblioteca del Vaticano y otras no menos nutridas (36), donde se conservan centenares de valiosísimos tratados de ciencias ocultas, que tan sólo pueden consultar los

privilegiados concurrentes a la biblioteca del Vaticano. De todos modos, las leyes de la Naturaleza lo mismo rigen para el hechicero pagano que para el taumaturgo católico, quienes, sin la menor intervención de Dios ni del diablo pueden operar los llamados "milagros".

Apenas empezaron los fenómenos psíquicos a llamar la atención de Europa, cuando el clero clamó diciendo que el eterno enemigo reaparecía en ellos con nombre distinto. Al propio tiempo, se oía hablar también de milagros o fenómenos "divinos" en oposición a los diabólicos. Al principio, los milagros fueron obra de individuos de condición humilde, que a su decir los efectuaban por obra de la Virgen María, de los santos o de los ángeles. En cambio, también hubo quienes, según el clero, quedaron obsesos y poseídos del demonio, con quien, por lo visto, ha de compartir Dios la fama de su poder. Pero al advertir que, no obstante todas estas precauciones, iban en aumento los fenómenos psíquicos con amenaza de quebrantar los tan cuidadosamente forjados dogmas teológicos, quedaron las gentes sobrecogidas de asombro (37).

MILAGROS APÓCRIFOS

Por extraño que parezca, repetidas veces han preguntado los observadores: "¿Por qué, desde la Reforma acá, no ha ocurrido ni un solo milagro en los países protestantes?". Tal vez respondan los clericales que Dios ha dejado de su mano a los herejes; pero ¿por qué tampoco ocurren milagros en Rusia que no es hereje, sino tan sólo cismática? (38). ¿No es lógico suponer que si en Rusia es posible prohibir los milagros por decreto imperial y jamás ocurren en otros países, han de atribuirse los fenómenos taumatúrgicos a causas naturales y en modo alguno a Dios ni al diablo? A nuestro entender, todo el secreto de la respuesta se reduce a que el clero ruso sabe muy bien cuán fácilmente quebrantarían los milagros apócrifos la sincera piedad y robusta fe del campesino ruso, en cuyo ánimo cualquier desengaño despertaría primero la desconfianza y después la duda y el ateísmo. Además, ni el clima del país ni el carácter de las gentes, positivo y sano, son propicios a la operación de fenómenos fraudulentos. En cuanto al clero de las otras naciones no católicas, como Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos, no puede disponer de las obras secretamente conservadas en la biblioteca del Vaticano, y por este motivo nada saben de la magia de Alberto el Magno.

Por lo referente a la infinidad de médiums y sensitivos que hay en la América del Norte, cabe atribuirla a la influencia del clima y a la idiosincrasia de la población. Desde la época de las brujerías de Salem, cuando los inmigrantes conservaban pura su sangre, hace dos siglos, hasta el año 1840, apenas se oyó hablar de "espíritus" ni de "médiums" en los Estados Unidos (39). Los primeros fenómenos se observaron en individuos de la secta llamada de los temblones, cuyo entusiasmo religioso, género de vida, pureza de alma y castidad de cuerpo favorecían la operación de fenómenos psíquico-físicos. Desde 1692,

millones de inmigrantes de diversas razas, países, temperamento y costumbres, han invadido la América del Norte y determinado por el cruce la alteración del primitivo tipo étnico (40).

Permítasenos aducir otro argumento en pro de nuestra opinión. ¿En qué países abundaron más y causaron mayor asombro los milagros? Sin duda, que en la católica España y en la Italia pontificia. ¿Y qué otra nación, aparte de estas dos, tuvo mejores coyunturas de iniciarse en las letras antiguas? Famosas fueron las bibliotecas españolas y de gran celebridad gozaron los árabes por sus profundos conocimientos en alquimia y otras ciencias. Por su parte, el Vaticano archiva incalculable número de manuscritos antiguos que, durante cerca de mil quinientos años, fueron acopiando los pontífices por confiscación de los bienes de las víctimas sentenciadas (41).

LA MAGIA CLERICAL

Los anales de la magia señalan en las misteriosas soledades del claustro los más hábiles hechiceros, como Alberto el Magno, obispo de Ratisbona, insuperable en este arte, y su discípulo Tomás de Aquino, el franciscano Rogerio Bacon y el benedictino Trithemio, abad del monasterio de Spenheim y maestro, amigo y confidente de Cornelio Agrippa. Durante la época en que por toda Alemania florecieron las mancomunadas hermandades de teósofos, con el fin de adquirir conocimientos esotéricos, bastaba captarse el favor de ciertos monjes para adelantar en las más importantes ciencias ocultas.

Todo esto nos lo dice la historia y no puede negarse fácilmente. Hasta la época de la Reforma practicó el clero sin mucho rebozo las diversas modalidades de la magia, y aun también fue cabalista y ocultista el famoso Juan Reuchlin (42). Tanto el clero regular como el secular practicaron extensamente el sortilegio de que ahora abominan (43).

Refiere Gregorio de Tours que para practicar los sortilegios ponía el sacerdote la Biblia sobre el altar, y suplicaba al Señor que se dignase descubrir su voluntad y revelar lo futuro por medio de un versículo del texto. Gilberto de Nogent, autor del siglo XII, dice que en su época era costumbre recurrir al sortilegio de sortes sanctorum en la consagración de los obispos para conocer el porvenir del consagrado. En cambio, según otros escritores, el concilio de Agda, celebrado el año 506, condenó el sortilegio de sortes sanctorum, con lo que vemos quebrantado el infalible magisterio de la Iglesia; pues no se sabe si erró al prohibir una práctica ejercida nada menos que por San Agustín, o si el error estuvo en practicar públicamente el sortilegio en la consagración de los obispos, a no ser que en ambos casos, a pesar de lo contradictorio, recibiera el Vaticano la inspiración directa de Dios.

En prueba de que Gregorio de Topurs practicó el sortilegio, entresacamos el siguiente pasaje de su Vida:

Noticioso de que Lendasto, conde de Tours, empeñado en indisponerme

con la reina Fredegunda, venía a la ciudad con malas intenciones respecto de mi persona, me encerré en mi oratorio con el ánimo inquieto, y al abrir los Salmos tropezó mi vista con el versículo del LXXVII, que dice: "El Señor hizo que marcharan confiados, mientras el mar se tragaba a sus enemigos". De acuerdo con el espíritu del texto, nada resolvió contra mí el conde al entrar en la ciudad, de la que salió el mismo día para un puerto de embarque. La nave en que iba naufragó durante una tempestad; pero el conde salvó la vida a nado.

Confiesa el santo obispo en este pasaje haber practicado algún tanto la hechicería, y como todo hipnotizador sabe cuán poderosa es la voluntad concentrada en determinado propósito, el versículo del Salmo le sugirió el deseo de que su enemigo muriese ahogado. Poseído de este deseo, lo enfocó, acaso inconscientemente, sobre la persona del conde que a duras penas salvó la vida. Si, como por error creía el santo, hubiese sido voluntad de Dios el percance, de seguro que se ahogara el conde; pues un sencillo baño no podía modificar su animosidad contra San Gregorio si tan malévola fuese.

A mayor abundamiento, vemos que el concilio de Varres prohíbe a todos los eclesiásticos, bajo pena de excomuni3n, las suertes adivinatorias por medio de libros o escritos de cualquier índole. La misma prohibici3n decretaron los concilios de Agda (506), Orle3ns (511), Auxerre (595) y por 3ltimo el de Aenham (1110), que anatematizaba a los brujos, hechiceros y adivinos que ocasionaban la muerte por medio de operaciones m3gicas y vaticinaban el porvenir sobre pasajes de la Escritura se3alados a la suerte. Adem3s, el clero de la di3cesis de Orle3ns elev3 al pont3fice Alejandro III una queja contra su obispo Garlande, que terminaba como sigue:

Que vuestras apost3licas manos tengan fuerza para poner de manifiesto la iniquidad de este hombre, de modo que le alcance la desgracia pronosticada el d3a de su consagraci3n, cuando al abrir las Escrituras, seg3n costumbre, sali3 por suerte aquel pasaje que dice: ...y despoj3ndose el joven de sus vestiduras de lino se les escap3 desnudo (44).

MILAGROS LAICOS

¿Por qu3, pues, achicharraba la Iglesia a los seglares que ejerc3an el sortilegio y canonizaba a los eclesi3sticos con igual ejercicio? Sencillamente, porque todo fen3meno ps3quico, sea cual sea su m3todo operante, rebate por una parte la afirmaci3n cat3lica de que 3nicamente los santos pueden obrar milagros en nombre de Dios y por mediaci3n de los 3ngeles; y por otra parte, la aserci3n protestante de que desde los tiempos apost3licos no han vuelto a operarse milagros. Pero tanto si son como si no son de la misma naturaleza, los modernos fen3menos ps3quicos denotan 3ntimo parentesco con los milagros b3blicos, hasta el punto de que los hipnotizadores y saludadores de nuestra 3poca emulan francamente a los ap3stoles del cristianismo. El zuavo Jacob ha sobrepujado al profeta El3as en la resurrecci3n de personas difuntas en apariencia, y el son3mbulo

Alexis (45) demostraba incomparablemente mayor lucidez que los apóstoles, profetas y sibilas de la antigüedad. Desde la quema del último brujo, la grandiosa revolución francesa, cuidadosamente preparada por los agentes de la liga de sociedades secretas, sembró el terror en el seno de la clerecía europea, y cual devastador huracán arrastró en su empuje a la católica aristocracia romana, el más valioso aliado de la Iglesia, dejando firmemente establecida la individual libertad de opiniones contra la derrocada tiranía eclesiástica, y abriendo desembarazado paso a Napoléon el Magno, que dio el golpe de gracia a la Inquisición, aquel vasto matadero en que la Iglesia cristiana degollaba en nombre del Cordero a cuantas ovejas le parecían antojadizamente sarnosas. Desde entonces, quedó la Iglesia abandonada a su responsabilidad y sus recursos.

Mientras los fenómenos aparecieron esporádicamente, se sintió la Iglesia con fuerzas bastantes para reprimir las consecuencias. La supersticiosa creencia en el diablo estaba por entonces tan arraigada como siempre, y la ciencia no se había atrevido aún a medir públicamente sus fuerzas con la teología, que, entretanto, iba ganando terreno de un modo lento y seguro, hasta que, de repente, se manifestó con inopinada violencia. De su mística reclusión empezaron a salir los "milagros" a plena luz diurna, en donde la profana mano de la ciencia, sostenida por las leyes naturales, se disponía a arrancarles su clerical antifaz. Por algún tiempo se mantuvo la Iglesia todavía en sus posiciones, y con el potente auxilio del terror supersticioso logró detener los progresos del invasor; pero cuando más tarde reprodujeron hipnotizadores y sonámbulos el fenómeno psicofísico del éxtasis, hasta entonces atribuido exclusivamente a los santos; cuando las mesas giratorias exaltaron la curiosidad del mundo entero y la psicografía, tenida por espiritual, se convirtió de aliciente de curiosidad en misticismo religioso; cuando el eco de los golpes de Rochester repercutió a través de los mares por todos los ámbitos del mundo; entonces, y sólo entonces despertó la Iglesia latina al advertir la cercanía del peligro. Se derramó la voz de prodigios ocurridos en los círculos espiritistas y en los salones de los hipnotizadores. Sanaban los enfermos, veían los ciegos, andaban los lisiados y oían los sordos. En América J. R. Newton y en Francia el barón Du Potet curaban a las gentes sin haber recurso a la intervención divina. El gran descubrimiento de Mesmer reveló a los solícitos investigadores el mecanismo de la naturaleza y dominó como por mágico poder la materia inorgánica y orgánica.

Pero no fue esto lo peor, porque una adversidad más calamitosa todavía cayó sobre la Iglesia con la evocación de multitud de espíritus, tanto del mundo superior como del inferior, cuyas comunicaciones y procedimientos desmentían las más intencionadas y lucrativas enseñanzas de la Iglesia. Estos espíritus se manifestaban como las desencarnadas personalidades de parientes, amigos y conocidos de los concurrentes a las sesiones, desvaneciendo de esta suerte la existencia objetiva del diablo, con hondo quebranto de los cimientos de la catedral de San Pedro (46).

LA SILLA DE SAN PEDRO

Ninguna entidad psíquica, a no ser los llamados espíritus burlones, se manifestarán en relación con Satanás ni concederán a este mito ni un palmo de soberanía. El clero siente quebrantado de día en día su prestigio y ve que las gentes rasgan la venda que durante tantos siglos les cegara. La fortuna se ha pasado al bando enemigo en el conflicto entre la teología y la ciencia. Pero si la ciencia ha contribuido inadvertidamente a la comprensión de los fenómenos psíquicos, estos, por su parte, han favorecido los progresos de la ciencia, pues hasta que la renovada filosofía reclamó su lugar en el mundo, muy pocos científicos acometieron el difícil estudio de la teología comparada, en cuyos dominios han penetrado escasos exploradores por la necesidad de conocer para ello muy a fondo las lenguas muertas. Además, no se sentía imperiosamente la utilidad de este estudio, porque no era posible por entonces substituir la ortodoxia cristiana con más satisfactorias doctrinas; pues, según demuestra innegablemente la psicología, la generalidad de las gentes no pueden vivir sin religión formal, sea la que fuere, como no puede vivir el pez fuera del agua. Pero la verdad, con voz más poderosa que el trueno, habla al hombre de nuestro siglo como habló al del siglo XIX antes de Cristo. Entre la vida futura y la nada después de la muerte, no vacila la humanidad en la elección. Quienes, movidos de su amor al progreso humano, quisieran expurgar la fe de toda maleza supersticiosa y dogmática, han de repetir aquellas palabras de Josué:

Pero si os parece malo servir al Señor, se os da a escoger. Elegid hoy lo que os agrada, a quien principalmente debáis servir: si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres en la Mesopotamia, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; que yo y mi casa serviremos al señor (47).

El orientalista Max Müller escribía en 1860:

LIBROS ANTIGUOS

La ciencia de la religión apenas está en su infancia... Durante los últimos cincuenta años se han descubierto, de extraordinaria y casi milagrosa manera, documentos auténticos de las principales religiones del mundo (48). Tenemos ya los libros canónicos del budismo, el Zend-Avesta de Zoroastro y los himnos del Rig-veda, que han revelado la existencia de religiones anteriores a la mitología que en Homero y Hesíodo aparece como desmoronada ruina (49).

En su vehemente deseo de dilatar los dominios de la fe ciega, los primeros teólogos cristianos ocultaron tanto como les fue posible las fuentes de su ciencia, y al efecto se dice que entregaron a las llamas cuantos tratados de cábala, magia y ocultismo hallaban a mano, creyendo equivocadamente que con los últimos gnósticos habían desaparecido los manuscritos más peligrosos de esta índole; pero algún día se echará de ver el error, y de "extraordinaria y casi milagrosa manera" aparecerán otros importantes documentos auténticos.

Los monjes de algunos puntos de Oriente, como por ejemplo los del monte Athos y del desierto de Nitria, así como los rabinos que en Palestina se pasan la vida comentando el Talmud, conservan una curiosa tradición, según la cual de los tres incendios de la biblioteca de Alejandría (el de Julio César, el de las turbas cristianas y el del general árabe Omar) se salvaron muchísimo volúmenes, como puede inferirse del siguiente relato:

En el año 51 antes de J. C., cuando se disputaban el trono la princesa Cleopatra y su hermano Dionisio Ptolomeo, estalló fortuitamente en la biblioteca de Alejandría un incendio que consumió unos cuantos volúmenes, por lo que fue preciso hacer algunas reparaciones en el edificio (Bruckión), que a la sazón contenía unos 700.000 volúmenes, encuadernados en madera o pergamino a prueba de fuego. Con motivo de las reparaciones, fueron trasladados a casa de un empleado de la biblioteca los más valiosos manuscritos de ejemplar único que afortunadamente se libraron de las llamas. Cuando después de la batalla de Farsalia, quiso César deponer del trono de Egipto a Ptolomeo y colocar en él a Cleopatra, hubo de sitiar a Alejandría y durante el sitio mandó incendiar la flota egipcia fondeada en el puerto. El incendio se propagó a los edificios vecinos al muelle, y de allí a la parte de la ciudad donde estaba la famosa biblioteca. Pero como el fuego tardó algunas horas en prender en este edificio, pudieron entretanto los bibliotecarios, con ayuda de centenares de esclavos, poner en lugar seguro los más valiosos volúmenes. Además se salvaron de las llamas muchos manuscritos encuadernados en pergamino incombustible, al paso que se quemaron casi todos los encuadernados en madera. Un erudito oficinista de la biblioteca, llamado Theodas, dejó escritos en griego, latín y caldeo-siriaco todos los pormenores del suceso. Se dice que todavía se conserva en un monasterio griego una copia de este manuscrito, según pudo comprobar por sí misma la persona que nos refirió esta tradición, quien asegura, además, que cuando se cumpla cierta profecía, otros muchos podrán ver dicha copia y enterarse por ella de en dónde hallar importantísimos documentos de la antigüedad, que la mayor parte se conservan en Tartaria e India (50).

Un monje del referido monasterio griego nos enseñó una copia del manuscrito, que apenas entendimos por no estar muy fuertes en lenguas muertas; pero el monje nos lo tradujo con tal fidelidad que recordamos perfectamente el siguiente pasaje: "Cuando la reina del sol (Cleopatra) regresó a la casi destruida ciudad donde el fuego había devorado la gloria del mundo y vio los montones de volúmenes de carbonizado foliaje e intacta encuadernación, lloró de rabiosa furia y maldijo la mezquindad de sus antepasados, que escatimaron en el texto de los manuscritos el pergamino que tan sólo emplearon en las encuadernaciones". Más adelante se burla delicadamente de la reina porque cree que se han quemado casi todos los volúmenes de la biblioteca, siendo así que cientos y aun miles de los más valiosos estaban seguros en casa de los empleados, bibliotecarios, estudiantes y filósofos.

Muchos y muy ilustrados coptos que residen en el Asia Menor, Egipto y

Palestina están seguros de que tampoco se han perdido los volúmenes de otras bibliotecas posteriores a la famosa de Alejandría, y dicen sobre ello que se salvaron todos los de la de Atalo III de Pérgamo, regalada por Antonio a Cleopatra. Afirman también que cuando en el siglo IV empezaron los cristianos a preponderar en Alejandría, y Anatolio, obispo de Laodicea, se desató en invectivas contra la religión del país, los filósofos paganos y los teurgos expertos tomaron exquisitas precauciones para conservar el depósito de la sabiduría sagrada. El famoso teurgo y filósofo Antonino acusó al obispo Teófilo (hombre de villana y miserable reputación) de sobornar a los esclavos del Serapión (51) para que substrajeran volúmenes que él vendía después muy caros a los forasteros. La historia nos enseña que en el año 389 este obispo Teófilo prevaleció contra los filósofos paganos, y que su no menos indigno sucesor Cirilo mandó asesinar a Hypatia.

Aunque el historiador Suidas da algunos pormenores acerca de Antonino (a quien llama Antonio) y de su elocuente amigo Olimpico, el defensor del serapión, es muy deficiente la historia en lo tocante a los poquísimos libros que de siglo en siglo han llegado hasta el nuestro, ni tampoco se muestra explícita por lo que se refiere a lo acaecido durante los cinco primeros siglos del cristianismo, según relatan numerosas tradiciones populares de Oriente, que, no obstante su aparente inverosimilitud, descubren mucho y buen grano entre la paja del relato. No es extraño que los naturales repugnen comunicar estas tradiciones, pues fácilmente se revuelven contra ellos los viajeros, tanto escépticos como fanáticos.

LAS GALERÍAS DE ISHMONIA

Cuando algún arqueólogo que supo captarse la confianza de los indígenas adquirió documentos de inestimable valor, atribuyeron los comentadores el caso a pura "coincidencia". Sin embargo, es tradición muy generalizada que en las cercanías de Ishmonia (la ciudad petrificada) hay vastas galerías subterráneas donde se conservan infinidad de manuscritos antiguos. Ni por todo el oro del mundo se acercaría un árabe a aquel paraje, pues dicen que de las grietas y hendiduras de aquellas desoladas ruinas sepultadas entre la arena del desierto, se ven salir por la noche luces que de un lado a otro llevan manos no humanas. Creen los árabes que los afrites ocupados en el estudio de la literatura antediluviana, y los dijinos que en los antiquísimos manuscritos aprenden la lección del porvenir (52).

A imitación de los fanáticos adoradores de la Virgen en el siglo IV, los modernos clericales, en su afán de perseguir el liberalismo y cuantas llaman herejías, encerrarían a todos los herejes con sus libros en algún moderno Serapión para quemarlos vivos (53).

Este odio es muy natural desde que las investigaciones científicas han revelado muchos secretos. Hace algunos años dijo ya el obispo Newton: